

Libros colombianos

raros y curiosos

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XXXIX —

URIBE JUAN DE D. (1859-1900). *Sobre el Yunque*. Obras Completas, publicadas, ordenadas y anotadas por Antonio José Restrepo. Tomo I. 13½ x 19½. XXII - 327 Págs. Tomo II. 356 págs. Bogotá, Imprenta de "La Tribuna" editorial, 1913.

Ya se advirtió en el capítulo precedente que en los dos volúmenes de estas pretendidas obras completas del Indio Uribe no solo no están incluidas todas cuantas se conocen, debidas a su numen, sino que faltan algunas de las primordiales: *En la Fragua*, y el *Prólogo a las Poesías de Restrepo*, entre otras. Y que Restrepo parece que tuvo en mientes reimprimirlas en un tercer volumen de esta serie, que nunca apareció.

Con todo, el ilustrado editor le prestó a la literatura nacional un positivo servicio con la publicación de los dos tomos arriba reseñados, al ofrecer a los lectores magistrales discursos, sesudos ensayos, chispeantes comedias y, en fin, artículos críticos y afortunadas evocaciones de hombres y de acontecimientos importantes del país, todo ello en estilo de oro.

Sin embargo, parece que el nacimiento de estos libros, muchos años después de muerto su autor, no estuvo presidido por el hada de la buena fortuna. Por una parte, la obra no se difundió sino dentro de un muy estrecho ámbito. Y a pesar de su edición copiosa, extraña paradoja, hoy es este de Uribe un libro verdaderamente raro en la bibliografía colombiana.

El tomo I está precedido de uno a manera de prólogo del colector, en donde se hace constar que: "Poco antes de morir (J. de D. Uribe), al expirar el año de 1899, apenas sin cumplir los cuarenta años, cediendo a instancias nuestras, nos encomendó la publicación de sus escritos, advirtiéndonos que él no les daba importancia ninguna, pues eran breves plumadas nada más, chisporroteos instantáneos de la oscilante lámpara que en las posadas de sus destierros alumbraba sus horas de soledad y rabia. De rabia nada más y de coraje inextinguible, como que la melancolía y las lamentaciones amaneradas jamás se avinieron con su carácter entero y belicoso...". (Pág. III).

Y explica por qué solo al cabo de trece años de la muerte de Uribe le fue posible a Restrepo publicar las obras de su amigo del alma: "En los tiempos pasados de su muerte a hoy, fue imposible al editor cumplir el compromiso contraído con su amigo y pariente moribundo. Aun en el extranjero que se hubieran editado estos escritos, no habría podido penetrar a Colombia regenerada, donde un régimen infante había imperado...". (Pág. VIII).

Se publicaron, sí, después. Pero parece que se perdieron definitivamente algunas obras inéditas del insigne escritor, de las que solo conocemos los títulos: *El octavo mandamiento*, y *El cementerio radical*, entre otras.

¿Qué mal sino se abatió sobre esta magnífica colección de las obras menores de Juan de Dios Uribe, que no alcanzó, ni medianamente, la difusión deseada, y que, a la postre, parece haber sido motivo de distanciamiento del editor con los herederos del autor?

Algo de ello podemos advertirlo a través de una carta de Antonio José Restrepo, desde Lausana, para Francisco Uribe V., en San José de Costa Rica, de 26 de julio de 1918.

El 21 de mayo de ese año, Uribe le había escrito a Restrepo, a propósito de los originales de su padre, Juan de Dios. Aquel, contéstale de esta manera:

"Yo no tengo originales de su padre y amigo mío Juan de D. Los únicos que él dejó, con orden de que se me entregaran, estaban en un baúl que conservó González Garro hasta que Eduardo los reclamó y se los dieron. Esos papeles, según me lo escribió Eduardo, eran para usted y él debe habérselos entregado. Lo demás de que yo me estaba sirviendo para publicar las obras de Juan, existía ya impreso, como puede usted verlo en los dos tomos dados a la estampa, que yo le envié a Eduardo, pero que no se si los recibió porque no me acusó recibo. Al señor García Monge también se los envié para que republicara lo que quisiera de ellos, a la gloria del autor.

"Como verá usted, en esos dos volúmenes hay algunos artículos inéditos, como el del negro Obeso, que rodó conmigo más de veinte años; y otros, muy pocos, pero de mucho mérito, pues eran los primeros vagidos del gran escritor, tales como la *comedia* en un acto, que puede descifrar y completar audazmente; los recuerdos del Cauca, que terminan en el campo de Los Chancos y son soberbios e interesantísimos, y un vistazo de *Pepoyán*, que vale un cuartillo, cual él decía para ponderar alguna cosa, decir que le aprendimos ambos al estupendo escritor y pensador, paisano nuestro, doctor Camilo Antonio Echeverri. Estos granos de oro los pude entresacar de un bojote de papeles que me dio Jacobito, el primo, y que entiendo los guardaba mi señora doña Leonor, la venerable madre de Juan...". (A. J. Restrepo. *Ají Pique*. Pág. 137).

Quizá pensó Francisco Uribe, el hijo de Juan de D., que Restrepo guardaba originales inéditos de su padre, a juzgar por la respuesta de Antonio José, quien dícele a su corresponsal:

“Ni en Caracas ni en Quito pude obtener nada inédito. El publicaba casi siempre al día lo que febricitantemente escribía, con facilidad pasmosa y sin que su estilo decayera nunca. Pero como la mayor parte de su labor para la prensa diaria eran artículos candentes, muchas veces personales y casi siempre de ocasión, bien poco de eso es aprovechable para la obra seria y firme en que ha de perdurar su reputación de estilista y pensador. Como usted puede verlo en el índice de lo que me mandó Eduardo con el señor D. Antonio María Rodríguez, todos son impresos, entre los cuales muy poco hay de utilidad...” (Ibidem).

Restrepo, al parecer, se sintió mohino y no muy satisfecho de la carta de Francisco Uribe. Y asumiendo gallardamente una actitud muy de las suyas, transfiere al hijo de Juan de Dios el albaceazgo literario que le otorgara en Quito el escritor moribundo:

“Siendo ya usted un hombre hecho y derecho y de provecho (por lo cual lo felicito y me felicito), a usted compete con exclusión de mí y de cualquiera otra persona, velar por el nombre y la gloria de su padre. Por consiguiente, yo me doy relevado de la obligación moral y literaria que había contraído para con él como albacea testamentario de su literatura. Sea usted un digno heredero de esa pluma y ensáyela en los trabajos que lleva usted en preparación. Para lo que yo pueda ayudarle, quedo a sus órdenes. Los impresos que conservo en Bogotá, que me mandó Eduardo, y otros que yo tenía, están a su disposición y se los remitiré cuando vuelva...”.

No es todo. Restrepo se esfuerza por dejar muy en claro, ante el hijo de Juan de Dios, el alcance de su intervención en la publicación de los dos tomos de **Sobre el Yunque**:

“También le mostraré a la persona que usted designe al efecto, los periódicos míos de donde tomé lo publicado, y los originales que me dio Jacobo, de donde pude sacar algunas chispas, como ya le dije a usted. La caja que me remitió Eduardo está como me la entregaron, cerrada y sellada; pues habiéndome cerciorado por el índice o inventario de que para nada o para bien poco me serviría, no la he tocado. Le repito con gusto que esa caja y todo lo demás, absolutamente todo, está y queda a su disposición...” (Ibidem).

En esta carta, cuyos principales apartes hemos transcrito, porque son pertinentes, como fuentes de primera mano, para la ilustración de la materia, Restrepo refiérele también al hijo de Juan de Dios el increíble viacrucis que sufrió la edición de estos dos volúmenes de **Sobre el Yunque**, sin que fuese poderoso para contrarrestar el fracaso, el nombre ilustre del autor:

“De los dos tomos que publiqué no se vendió ni para el papel. Tengo la edición arrumada en casa y también la pongo a su orden. Esas ediciones de libros, por buenos que sean, deben hacerse siempre por conducto de libreros editores, que carguen con la distribución y colocación de la mercancía, aunque ganen en ello más de lo justo. Porque editar uno mismo, no siendo de la profesión y sin extensas relaciones en ese género de comercio, es una cara y dispartada empresa, desde el punto de vista pecunia-

rio. Eso no me preocupaba a mí, y he regalado cuantos ejemplares he podido en espera de quien vaya a casa por los otros, pues hasta para regalar hay que empacar, llevar al correo, portear, recomendar y registrar, y aún así se roban los envíos...". (Ibidem. Págs. 138).

En este pasaje epistolar de Restrepo está pintada de mano maestra la desventura del escritor que se mete a editor de sus propios libros, o de los ajenos. Empresa para la cual debe contar aquel con muy amplias reservas económicas, si no quiere verse en aprietos, como lo tenemos comprobado, por propia experiencia, en diversas oportunidades:

"Cuando yo regrese a Bogotá, fecha que tendré cuidado de hacer saber a usted, espero que usted comisione a alguna persona de su confianza para que pase a mi casa donde le mostraré el rimero de los tomos publicados, que aún procuré vender a destajo a varios librereros de allí, Camacho Roldán, Negret, los Peñas y ninguno quiso tomarlos. Mi empeño era que circularan siquiera. Uno de ellos, D. Julio Grillo, que vendió algunos del primero y en cuya casa (hoy liquidada, pero D. Julio vive en Bogotá), aun se abrió una suscripción, me manifestó que la obra en sí dejaba mucho qué desear y que los suscriptores habían sufrido una desilusión. Yo entendí que cada uno de esos señores pensaba que encontraría en el libro, al abrirlo, un ramillete de libras esterlinas, la *Ilíada*, la *Eneida* y el *Paraíso Perdido*, sobre todo éste..." (Ibidem. Págs. 138-139).

Treinta y cuatro capítulos originales, además de tres introductorios, forman el tomo I de las Obras de Juan de D. Uribe. El cual se cierra con la comedia instantánea *Fraile!*, acerca de la que dice Restrepo, en carta al hijo de Juan de D., que pudo descifrarla y completarla audazmente. En lo que el ilustre compilador, anotador y editor, sufrió evidente equivocación. Que la tal comedia instantánea no fue transcrita de manuscritos susceptibles de ser descifrados y aun completados, puesto que ya aparece publicada, 18 años antes de que la reprodujera Restrepo, en *El Pichincha*, de Quito, toda vez que figura en *Somatén*. (Pág. 541-546), con el seudónimo "El Leguito Fray José".

En este primer volumen figuran capítulos que levantaron en su época revuelo, como *El suicidio de C. A. Echeverri*, *Dos duelos de Holguín*, *La evasión de Justiniano Gutiérrez*, *El Microscopio*, etc.; una magnífica interpretación de la poesía erótica de Julio Arboleda, José Eusebio Caro y Gregorio Gutiérrez González, aparece con el título de *Tres amores*.

"Los versos de Julio Arboleda arrojan poca luz sobre el movimiento de su alma, si no es en las vulgares sátiras políticas, que son despreciables, véanse como se vieren, o en algunas composiciones como *Me ausento*, en la cual se asoma una pasión contrariada:

*Y con la mano trémula apartome,
Sustrajo a mi cabeza su regazo,
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la ví de lejos, reclinada,
Puesta la mano trémula en la frente,
De un caduco deber llena la mente
Y del amor presente el corazón.....*

“No nos parece Julio Arboleda, como poeta, a la altura de Caro y Gutiérrez González, porque ni su pensamiento es tan profundo como el del primero y tan vigorosa su estrofa, ni tuvo jamás el encanto y el lujo de los versos de Gregorio. Tiene, es cierto, admirables períodos en **Gonzalo de Oyón**, que salvan a esa obra, por otra parte de combinación métrica tan fastidiosa. Cuando juntamos aquí estos tres nombres lo hacemos porque generalmente se dice al hablar de nuestros grandes poetas: Caro, Arboleda, Gutiérrez González...”.

Sobre la poesía amorosa de su paisano Gutiérrez González, Uribe advierte: “El amor de Gregorio por Julia es tranquilo, lleno de mutua confianza, y aparece en sus versos sin alternativas, ni zozobras...”.

En tanto que: “Lo contrario sucede en la pasión inmortal de Caro por Delina. El la cuenta con una sencillez admirable en sus preciosas cartas íntimas escritas desde los Estados Unidos; la describe minuto por minuto, hora por hora, en sus versos, que pueden llamarse succulentos porque mantienen el entendimiento... El amor de Caro es un drama lleno de incidentes que él relata con pasión cada vez más creciente, en sus versos. Se ve allí al gran poeta, rendido al amor, temblar por su dicha, entusiasmarse, desfallecer, anonadarse y tener nuevas esperanzas. Pero su estrofa es casi siempre magnífica; estupenda, cuando los inconvenientes, las sospechas, los celos, lo cercan y tiene él que alzarse por encima de esas vicisitudes de la vida, para proclamar, en voz solemne, su amor, que cree inmortal y que es entonces fantástico...”.

Y esta sagaz observación que explica un evidente fenómeno literario de la gran popularidad y la limitación de ella, respecto de los versos eróticos de Gutiérrez González y de Caro:

¿Por qué el grande amor de Caro por Delina no se ha hecho popular como el tierno de Gregorio por Julia? Es que el uno alzó a su dama una fábrica de granito, correcta y simétrica, pero poco vistosa para la multitud, y el otro derramó el amor de su corazón en música dulcísima por todos comprendida y que a todas partes llegaba. Tuvo el uno más cuidado de los cimientos y el otro de la cúpula del edificio, que puede verse desde lejos. Son ambos, empero, soberbios...”. (Págs. 59-69).

Esplende aquí el estupendo discurso de Uribe, por **Máximo Jerez**, pronunciado en la ciudad de León de Nicaragua, el 10 de marzo de 1894, que es en realidad una de las piezas capitales de la elocuencia colombiana. Compúsole Uribe, con su prodigiosa facilidad, a raíz de su arribo a las hospitalarias costas nicaragüenses, después de su legendaria evasión de la isla de San Andrés, en el Atlántico, a donde lo confinó el gobierno del vicepresidente Caro. Cualquiera de sus cláusulas, escogidas al azar, da idea de la rotunda elocuencia del conjunto:

“Como los grandes guerreros democráticos, Jerez simplificaba su táctica en esta palabra: combatir. Como los esforzados caudillos republicanos, cifraba su esperanza en esta palabra: vencer. Y como las almas convencidas, sumaba los infortunios de la guerra en esta palabra: perseverar. Que son las tres cimas en que se asientan, prontas a encumbrarse, las águilas de la victoria.

“A la evocación de este caudillo indígena el desastre se embellece como los campos de un labrador titánico.

“Entonces, la espada es como el arado; las granadas son las bellotas que producen la encina de la libertad; las bayonetas dejan en la carne flores de inmortales rojas; las balas de los fusiles vuelan como palomas mensajeras, y el humo de la pólvora en el campo sangriento, cuelga un manto real de fondo escarlata, sobre la espalda de los combatientes...”. (Pág. 103).

Y en este volumen encuéntrase el acabado elogio de Rojas Garrido, digno de una inscripción marmórea:

“Rojas Garrido nos pertenece; él es nuestro, y en su memoria queremos vivir, siquiera sea como las hojas en el árbol. La inmortalidad del cariño, la más noble y bella, porque si resiste al tiempo que lo devora todo, es el reflejo de un supremo beneficio, esa la tendrá Rojas, mientras la generación que educó toca las soledades del sepulcro y después si la severa historia no se mancha con la ingratitud de los hombres...

“Tenía, sobre todo, la elocuencia, que es el arma de los demoledores; pudiera llamársela la madre de la república. Elocuencia en los labios, en la pluma, en la cítara. En lo alto de la tribuna tocaba su frente la inspiración y lo transfiguraba. Disponía de todas las palabras a su arbitrio y las enlazaba con capricho de artista e intención de filósofo. No lo conocimos en los parlamentos, pero allí es donde más se le ha admirado. El se envolvía en sus ideas como en resplandores que lo llenaban de magnificencia. Toda causa irradiaba como una aurora preciosa en sus labios, y era irresistible. Es el juicio de sus adversarios. En la Convención de Rio-negro se alzó veinte codos sobre las más altas notabilidades; como antes en los congresos tempestuosos de 1850 y 1853, estaba siempre arriba de los veteranos de la tribuna... Era Rojas hermoso, hermoso con su ancho rostro ovalado lleno de bondad inteligente, sus cabellos negrísimos y sus ojos extraños del color de las aguas del mar. Asistía a la creación de un orden nuevo, y es decir con esto que la tarea estaba llena, para el tribuno, de contratiempos y de peligros. El pasado cuando se sostiene es una especie de salteador en la selva: apela a todo, porque tiene convencimiento de que los golpes que se le dan son irremediables. El verdugo se alzaba en la plaza, y Rojas fue a quitarle el hacha de la mano; el esclavo en la ergástula era una bestia ajena, y fue contra los amos; quiso libertad para la palabra, para la prensa, para el trabajo del hombre... Su desafío fue, pues, a la violencia. Cada sol alumbraba una batalla del atleta niño contra los viejos gladiadores. Duelos tremendos en que los muertos tenían la edad de tres siglos en América, porque eran las ideas que habían venido aquí con Cristóbal Colón...

“Rojas Garrido en la cátedra tenía un dominio más sereno, pero más poderoso que en la tribuna de la calle. El maestro ha de tener benevolencia, y la suya era inagotable. Sus discípulos fueron sus amigos y su encanto. En sus últimos años no cultivaba relaciones constantes sino con los jóvenes. Para ellos eran sus íntimas confidencias, el relato de la historia de su vida, que lo hacía con la sencillez ingenua de un hombre del campo. Tenía palpitante siempre un consejo que lo daba sin pretensión

y sin los atributos de la autoridad. El había asistido a una época que participaba de todos los apogeos y las caídas de la república: había estudiado bajo el antiguo régimen; concurrido a las legislaturas; agitado los clubes; dominado en el gobierno; sufrido en las prisiones; había combatido, viajado, tratado a hombres ilustres... Y de tan larga experiencia de las cosas y de los hombres, que su poderosa memoria no trastrocaba jamás, hacía, en sus relatos llenos de aplicaciones profundas, los momentos más agradables de sus discípulos predilectos..." (Págs. 306-313).

No menos interesantes que los hasta aquí reseñados, son los trabajos de Juan de D. Uribe que figuran en el segundo volumen de esta colección. El cual se inicia con el ingenioso y vehemente **Juicio crítico de las poesías de Diógenes A. Arrieta**, escrito en forma de cartas dirigidas al poeta y polemista D. José Joaquín Ortiz. Al lado de este trabajo, aparecen otros de diverso mérito y de varia índole: **¿Hombre o hembra?**, que es mordaz sátira, al propio tiempo que paladino reconocimiento de inspiración poética en Rafael Pombo; **Candelario Obeso**, íntima y cariñosa evocación del desventurado autor de la **Canción del boga ausente**; **En el cercado ajeno**, con férvidas referencias de Jorge Isaacs y Epifanio Mejía; **Por Epifanio**, otra de las soberbias piezas oratorias de Uribe, en la velada del 5 de agosto de 1893, en Medellín; **La Lira Nueva**, afortunada y justiciera crítica de la excelente antología escogida y prolongada por Rivas Groot, y, en fin, una nutrida colección de instantáneas estampas de personajes colombianos destacados, de esa época: Carlos N. Rodríguez, Carlos Martín, Aquileo Parra, Leonidas Flórez, Constantino Franco, Leopoldo Arias Vargas...

Por donde quiera que se abra el libro, sea cual fuese el tema tratado por el autor, se advierte que el estilo no decae, que vibra en sensibilidad estética la robusta prosa castellana, no desmintiendo jamás de su egregia procedencia. Léase este fragmento, tomado al azar, en el que Uribe solicita la generosidad pública a favor del infortunio de Epifanio Mejía:

"Aún veo aquel hombre, humilde, mal vestido, con zapatos rotos, esforzándose en ocultar sus harapos y la desnudez de su cuarto con la conversación amena y las buenas maneras. Veo su cara pálida, sus ojos azules, su frente redonda y amplia, su barba inculta, sus cabellos rubios, escasos y encanecidos. ¡Una sonrisa de tonta inocencia! Una cabeza indecisa, un aire de dulzura triste, cierta viveza velada como la luz de la lámpara, y toda su fisonomía se representa a mis ojos como si estuviera envuelta en los rayos de la luna. Pensar en las noches que pasa en ese calabozo con la vecindad de las locas bullangueras y soeces; en los peligros que corre, débil y enfermo, entre los gañanes destornillados, irresponsables y forzudos; en el hambre, ¡ay! en el hambre o en la mala alimentación, que él no puede remediar en sus prisiones, que ha encorvado su cuerpo, adelgazado sus miembros y que le dejará al cabo, por la péfida anemia, en las tinieblas del idiotismo.

"Apenas es tiempo de salvarlo.

"La mañana en que Candelario Obeso se dio un tiro sobre el peritóneo, después del cual vivió tres días, me consta que no tenía una peseta para comprar morfina: después se le llevó con música y en hombros al cementerio. Homenaje tardío; si hubiera tenido dinero no se habría suicidado.

“Es una lección. No hay que esperar la muerte para honrar la gloria...

“Vamos todos a sufragar los gastos del poeta. Le pagaremos un poco de lo que nos ha dado en sus canciones: una serenata de esas en que ha volado nuestro corazón por entre las rejas de las ventanas a los aposentos de las idolatradas; los goces de un amanecer cuando se oye el clarín del gallo y se dispone el desayuno campesino; cuando nos lleva a un ordeñadero de la montaña, a ver cómo borbota la leche en las totumas amarillas; cuando nos hizo advertir en el bosque oloroso la hormiga con su carga a la espalda, la araña fabricando sus encajes y la gallineta poniendo sus huevos azules, porque cantó la nostalgia y la agonía de la ceiba de Junín; porque nos hizo temblar con el cuchillo del carnicero, ‘purpurino y blanco’ en *La Muerte del Novillo*, y por las lágrimas derramadas sobre el nido de la *Tórtola*, y por la viudez de su compañero en el laurel vecino... Paguemos algo siquiera al que nos dio *El Canto del Antioqueño*, que aligera y enciende nuestra sangre; al que iba en pos de los huesos de Basilio Tirado, en romance solemne, para que el poeta descansara en la tierra de sus padres; al que en *La Paloma del Arca* fue soltando cada uno de los animales con más encanto que en el relato bíblico, y al cantor de la infeliz *Amelia*, la virgen loca que anda por nuestras montañas y nuestros ríos buscando el cadáver de su novio... Si es el poeta que no discutimos, ¿no podremos juntarnos todos en ayuda de su infortunio?...” (Págs. 168-171).

Debido a las inexplicables vicisitudes a que el editor de esta compilación alude, los dos volúmenes de *Sobre el Yunque* tuvieron una circulación muy restringida, nunca volvieron a reeditarse y hoy constituyen una verdadera rareza bibliográfica. El contenido, dígame lo que se quiera, ostenta una medular densidad ideológica, expuesta en el más rotundo, hermoso, elocuente y vivo castellano de los siglos áureos del idioma.